

Perote y los nazis. Las políticas de control y vigilancia del Estado mexicano a los ciudadanos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1946)*

En este libro Carlos Inclán busca, y logra exitosamente, superar un mito acerca del impacto de la Segunda Guerra Mundial en México: que el país se convirtió en un escenario donde los espías de los países del Eje socavaron a las fuerzas aliadas. En términos metodológicos Inclán abre una nueva perspectiva donde el espionaje no es el eje central de la historia. Esto no quiere decir que deje fuera las historias de las intrigas y redes de espionaje, sino que más bien las complejiza con el estudio de la institución que el gobierno mexicano creó para su control y vigilancia: la Estación Migratoria de Perote. Desde ahí descubre quiénes eran estos espías y devela cómo surgieron las paranoias sobre la guerra. Para ello plantea dos preguntas. Primera, por qué el gobierno mexicano vio en una institución de esta naturaleza la solución a las presiones de Estados Unidos de América por mantener la paz y seguridad en el hemisferio. Segunda, cómo

se decidía dentro del sistema de inteligencia mexicano quién era y quién no era una amenaza para la seguridad nacional; es decir, con qué mecanismos se identificó quién era un ciudadano extranjero indeseable, en qué momento se llegaba al punto en que alguien era señalado como un “peligro” para México y bajo qué criterios definían a los ciudadanos alemanes internados en dicho centro como “nazis”. A nivel federal la historia de Perote ayuda a comprender la correlación entre la política exterior y las estrategias que definieron la diplomacia mexicana, así como sus efectos en la política interna.

Inclán nos lleva al interior de las frías paredes de la fortaleza de Perote con la intención de descifrar el diseño institucional y el funcionamiento de este proyecto de inteligencia, con el que el gobierno buscó resolver una crisis de seguridad interna. La vida cotidiana en la Estación Migratoria refleja la raíz de las ideas y percepciones que se tenían acerca de los peligros que representaban los ciudadanos alemanes, italianos y japoneses en la coyuntura internacional. Es desde este punto de convergencia donde Inclán empieza a tejer los hilos de una historia fascinante, donde se explican las vinculaciones

* Carlos Inclán Fuentes, *Perote y los nazis. Las políticas de control y vigilancia del Estado mexicano a los ciudadanos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1946)*, col. La pluralidad cultural en México, núm. 34, Universidad Nacional Autónoma de México/Gobierno del Estado de Veracruz, México, 2013, 248 pp.

entre política exterior, diplomacia, exilios e internamiento. Esta mirada deja ver cómo se crearon dinámicas de corrupción dentro del Departamento de Investigaciones Políticas y Sociales (DIPS), encargado de la vigilancia y control de los extranjeros a nivel federal. Una hipótesis que se desprende del trabajo es que muchos de los problemas del funcionamiento de Perote se debieron a un desfase entre, por un lado, las estrategias diplomáticas frente a Estados Unidos para cumplir con los acuerdos intercontinentales y bilaterales, y por otro, la falta de definición de los objetivos de la política migratoria en tiempos de guerra, sobre todo con los ciudadanos alemanes en México.

En cuanto a la política exterior y la diplomacia, Inclán retoma el marco analítico que explica cómo durante las guerras entre los países más poderosos, los grados de hegemonía que éstos ejercen sobre otros estados disminuyen, abriendo espacios de negociación donde los gobiernos más débiles, en este caso el mexicano, amplían sus márgenes de autonomía. Bajo este enfoque, en los dos primeros capítulos, Inclán identifica los eventos donde los gobiernos mexicanos aprovecharon las coyunturas abiertas por los acontecimientos de la guerra para mover sus propias piezas, tanto en política interna, como en relación con su posición en el orden mundial. Muy al estilo de Friedrich

Katz en su *Guerra Secreta en México*¹ durante la Revolución mexicana, el autor reconstruye lo delicado de ciertos momentos de tensión en la relación México-Estados Unidos. Con base en este marco analítico explica las estrategias de la política exterior de los presidentes Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho. Asimismo, demuestra que para ambos fue crucial triangular con los intereses (económicos, comerciales y políticos) de Alemania, México y Estados Unidos en el contexto de la guerra.

En estos capítulos queda claro que al momento de aceptar compromisos hemisféricos y bilaterales para posicionarse así en el orden mundial, el gobierno mexicano tomó decisiones que muchas veces confrontaron el poder de Estados Unidos. Estas decisiones fueron sopesadas, negociadas y estratégicamente tomadas, con miras a extender al límite las posibilidades de aprovechar los vínculos con Alemania, sobre todo las comerciales. Sin embargo, Inclán no se limita a explicar los grandes intereses de las compañías petroleras, las agencias gubernamentales o la posición de los presidentes en dichas triangulaciones. La estrategia del autor es, más bien, fijar su atención en los alemanes residentes en México con intereses comerciales. Al seguir

¹ Friedrich Katz, *La guerra secreta en México: Europa, Estados Unidos y la Revolución Mexicana*, Ediciones Era, México, 2000.

sus pasos descubre que la indefinición de la política migratoria propició el abuso de poder y prácticas corruptas por parte de las autoridades y los agentes mexicanos. Éste es un primer paso hacia la desmitificación de la idea de que México fue un escenario donde se dieron cita los espías, como se aclamaba desde la propaganda de los aliados. Lo que descubre Perote es que la gran mayoría de quienes se recluyeron en las estaciones migratorias por ser considerados una amenaza, fue gente que en realidad no estaba involucrada en las redes de espionaje.

Reconociendo cómo los cambios de la política estadounidense conforme avanzaba la guerra cerraron o abrieron posibilidades a Cárdenas y Ávila Camacho, Inclán encuentra que ambos siguieron una misma política diplomática para manejar la crisis, pero que las diferencias se debieron más al contexto mundial y al avance de la guerra. Su política fue mediar los grados de acercamiento que sus gobiernos pudieran tener con los intereses comerciales alemanes, con un discurso público antinazi. Mientras que al mismo tiempo matizaron el radicalismo del discurso frente a los intereses alemanes en México, con base en las fuentes diplomáticas y con el manejo de la prensa. En esta estrategia diplomática se involucraron distintos intereses: las secretarías de estado, la cancillería mexicana, la prensa, los diplomáticos y los hombres de negocios.

Para explicar cómo fue, en el rejuego de estos intereses, que se empezó a definir quién era nazi y quién no, Inclán analiza varios eventos que afectaron de manera selectiva a los ciudadanos “indeseables” dependiendo de su visibilidad en México y de la presión propagandística de los servicios de inteligencia aliados. Con ello muestra cómo se radicalizaron los mecanismos de control y vigilancia, en particular en dos casos muy sonados: la expulsión del agregado de prensa de la legación alemana Arthur Dietrich y un conflicto que se desató ante la ambigüedad del estatus migratorio de unos marineros de barcos con bandera alemana que, al radicalizarse el conflicto bélico, ya no pudieron salir del Golfo. Si bien en principio estos marinos, a diferencia de los espías o agentes diplomáticos sospechosos de llevar a cabo misiones pro nazis, no representaban una amenaza a la nación, sí podían llegar a serlo. En este sentido, Inclán se pregunta cómo el servicio migratorio mexicano decidía en qué momento y bajo qué circunstancias un ciudadano extranjero era indeseable y qué tanto peso tuvo la presión de los aliados en distintas circunstancias para decidir a quiénes se internaba y a quiénes se exiliaba.

En el tercer capítulo se estudia el efecto que tuvo la coincidencia del suceso de los marineros en aguas mexicanas, con el cambio en la política de Estados Unidos hacia los paí-

ses de América Latina en el contexto del New Deal y la política de Buena Vecindad. De acuerdo con el autor, Roosevelt fue más tolerante con las reformas sociales del gobierno mexicano. Por su parte, Ávila Camacho buscó mantener la neutralidad hasta que el ataque directo a unos submarinos mexicanos hizo esta posición insostenible. Al romperse la neutralidad, y verse afectados los intereses comerciales alemanes, Inclán argumenta que Estados Unidos ganó espacios en ese sector económico, al mismo tiempo que logró firmar acuerdos de “cooperación” para el control, vigilancia y deportación de extranjeros en México. En contraste, la política migratoria y la vigilancia de ciudadanos de países del Eje se endurecieron. En este periodo Inclán identifica cómo la prensa de propaganda de los aliados buscó llegar a ciertos sectores de la población mexicana que podían preocuparse por la guerra y convencerlos de que Estados Unidos había hecho todo lo posible por evitarlo. Paralelamente, el gobierno mexicano reformó varias leyes migratorias, otras del Código Penal y creó dos organismos para dar solución a los conflictos que pudieran surgir alrededor de los bienes y propiedades de ciudadanos de los países enemigos (incluyendo a los países ocupados por el Eje). Inclán deduce que debido a todos estos cambios de la política interna en México, Estados Unidos pudo desarrollar una

política cada vez más intervencionista, al grado de que, según el autor, en el “fondo se buscó eliminar a los competidores comerciales alemanes, ya que no todas las empresas incluidas [en la confiscación] tenían la envergadura y una estrecha relación con el nazismo [...]” (p. 85).

Fue entonces cuando la Estación Migratoria de Perote—donde estuvieron los exiliados españoles a su llegada a México cuando Cárdenas era aún presidente— se transformó en un centro de internamiento para los marinos de los países del eje cuyo estatus migratorio se había quedado en el limbo. Pero además, Perote, sería la prisión diseñada para todos aquéllos a quienes los agentes del DIPS (que era parte de la Secretaría de Gobernación y fue creado desde 1918) identificaran como peligrosos para la seguridad nacional y del hemisferio. Esta institución tuvo en sus manos el poder de decidir la suerte de cientos de extranjeros, residentes y hasta ciudadanos alemanes nacionalizados, cuando la situación de guerra cambió por completo su realidad sin haberse siquiera movido de lugar. Si desde esta institución se tomaron las decisiones, Inclán entonces voltea a su interior para saber quiénes eran y qué entrenamiento tenían los agentes para cumplir con tan delicada responsabilidad. Ante la falta de reglamentos del DIPS y la inexistencia de requisitos para el entrenamiento de los agentes, en esta sección el autor

hace un maravilloso trabajo de fuentes con los expedientes de varios agentes que se vieron involucrados en casos de corrupción. A partir de ahí descubre que la poca claridad de sus funciones y objetivos generó una estructura vertical de grupos de élite, con privilegios y lealtades donde los jefes inmediatos encubrían las prácticas corruptas en todos los niveles. A través del análisis de casos concretos, el autor demuestra que la falta de preparación, sumada al ambiente creado por la propaganda antinazi, generó sentimientos de xenofobia entre los agentes dificultando las operaciones de traslado, deportación y movilización de ciudadanos de las naciones enemigas a los centros de internamiento.

En su indagación en los archivos, Inclán descubre que, aun cuando estas deficiencias institucionales eran evidentes, el gobierno de Ávila Camacho quiso responder a las presiones de Estados Unidos para concentrar a todos los ciudadanos del Eje que vivieran en la frontera, en las costas y puertos y en las instalaciones petroleras. El problema es que se buscó llevar a cabo esta movilización sin antes buscar una solución real a la falta de reglamentación, infraestructura y personal con un mínimo de capacitación. Desde la perspectiva política, conciliar con los intereses de Estados Unidos era la mejor estrategia, ya que hacerlo era la evidencia concreta de la contribución del gobierno mexicano a la

paz del hemisferio. Sin embargo, la manera de hacerlo en un vacío institucional generó un sinfín de problemas operativos. Los más evidentes fueron las deficiencias del Registro Nacional de Extranjeros, pues no había información de cuántos extranjeros vivían en esos lugares. Había entonces que ampliar la burocracia.

En sus hallazgos Inclán deja ver que como parte de los intentos por desaparecer cualquier duda sobre su posición antinazi y antifascista, el gobierno diseñó reglamentos para controlar la vida privada de los extranjeros, aunque no tuvieran ninguna prueba de estar vinculados con los nazis; por ejemplo, prohibió los matrimonios entre mexicanos y ciudadanos del Eje. El reto de este tipo de reglas era lograr que se cumplieran. Ante la inexistencia de un sistema de inteligencia, se delegó la facultad de vigilancia y control a los gobernadores, presidentes municipales y autoridades locales. El problema fue que no se estableció bajo qué criterios llevarían a cabo esta función, al mismo tiempo que se permitió actuar de manera autónoma y sin coordinación alguna. Con esta evidencia se comprueba que las deficiencias y las prácticas corruptas del DIPS se originaron debido a que en la presidencia de Ávila Camacho no había una política migratoria que respondiera a las problemáticas propias, sino que más bien se subordinó a los intereses económicos y comerciales

dictados por la relación con Estados Unidos. Situación muy distinta a la del caso de los refugiados españoles durante el gobierno de Cárdenas.

Una vez teniendo clara las deficiencias de los mecanismos del DIPS para decidir a quiénes se enviaba a los centros de internamiento bajo sospecha de ser un peligro para la seguridad nacional, en el último capítulo Inclán hace un excelente trabajo de fuentes para descubrir quiénes eran en realidad estas personas. Basado en los archivos de ese organismo, en las memorias de la Secretaría de Gobernación, el archivo personal de Ávila Camacho y el de la Dirección General de Gobierno, así como en testimonios y prensa, el autor logra un balance entre el análisis cualitativo y el cuantitativo de la vida de los internados para demostrar que, en prácticamente todos los casos, los individuos señalados como agentes “nazis” no lo eran. De hecho, lo más impactante de esta historia es que en varios de los casos en los que se comprobó su actividad como agentes alemanes en México, éstos consiguieron su liberación; sobre

todo si tenían los recursos económicos para pagar a los oficiales corruptos. Esta situación es aún más desoladora cuando Inclán descubre que en Perote se internó a un grupo de ciudadanos alemanes que de hecho realizaban actividades públicas por una Alemania libre.

Para concluir me gustaría resaltar la trascendencia de este libro; no sólo por lo fascinante del tema y lo novedoso de la aproximación que nos ofrece Inclán, sino por su relevancia en el mundo actual, donde las guerras y conflictos internacionales han derivado, una vez más, en el desplazamiento de miles de refugiados y en el resurgimiento de actitudes xenofóbicas. En este sentido, la historia de los nazis en Perote muestra la importancia de tener una política migratoria clara, coordinada con las estrategias diplomáticas del Ejecutivo, para poder proteger a los ciudadanos extranjeros que quedan atrapados bajo fuego cruzado en medio de una crisis internacional.

Dora Sánchez-Hidalgo
 Instituto de Investigaciones
 Histórico-Sociales,
 Universidad Veracruzana